el asesinato perfecto

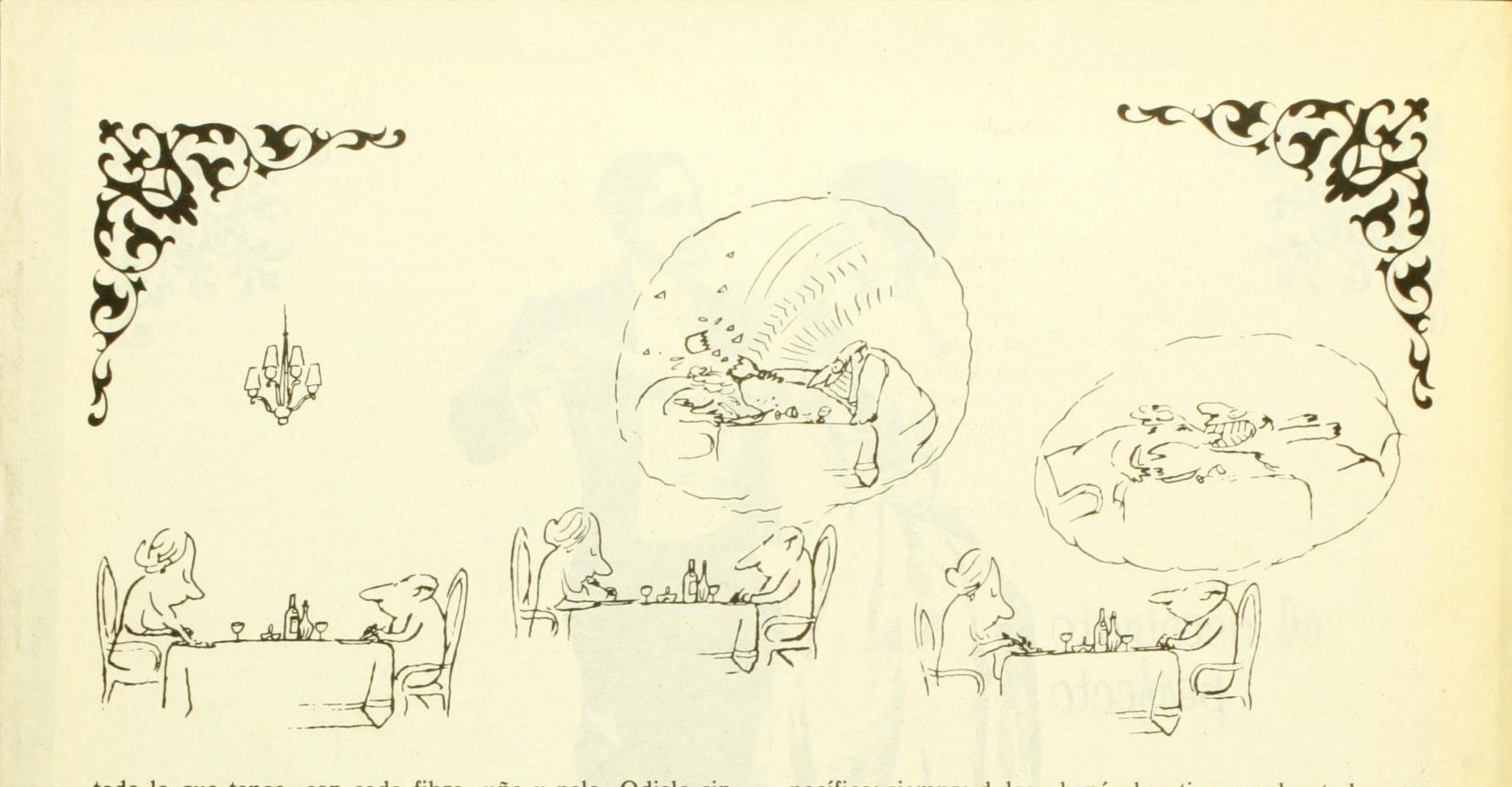
rafael ruiz harrel

Para Aralia, que obviamente es inmortal

Mire: quítese de cuentos, cometer un asesinato perfecto es cosa bien simple. Se trata, sencillamente, de que no sea usted el que jale el gatillo ni quien hunda el puñal. Es fácil, mire: debe hacerlo precisamente la persona a la que quiere usted matar. Sí, el suicidio provocado por la propia víctima o ¿hay algo mejor? Es limpio, higiénico y perfecto: ¿quién puede acusarlo a usted de que su enemigo se haya suicidado? Y conste que se trata de eso, de que en verdad se suicide, no de cometer alguno de esos complicadamente mañosos crímenes de novela policiaca en los cuales se trata de disfrazar de suicidio lo que en realidad es homicidio. No, aquí es cuestión de paciencia, de un odio y de una paciencia de santo.

Lo primero es el odio. Debe usted odiar a su víctima desesperada, minuciosa, salvaje, encabronadamente. Odiela con

Tenemos las aspiraciones de creadores y las inclinaciones de cuadrúpedos. *Reade.*



todo lo que tenga, con cada fibra, uña y pelo. Odiela sin cuartel, sin tain y sin descanso. Odiela a morir, que precisamente de eso se trata.

Un odio así, encanijado e insidioso, no es fácil de construir. Requiere también de talento, un poco de imaginación y mucho de paciencia. Si le resulta difícil odiar a su víctima, hágase su amigo, cásese con ella, viva a su lado siete u ocho años. Conózcala, compréndala, tolérela, acuéstese con ella, tenga hijos y, sobre todo, felicítela y prémiela cada vez que haga algo que le disguste. No se lo reclame por ningún motivo, no: guárdelo calladamente, rúmielo, lleve un libro de notas para no olvidarlo, transforme todo lo que de ella le moleste en sus recuerdos más preciados. Entrénese, enséñese a olvidar por completo lo agradable y no diga nunca nada: sonría, dele dinero y regalos (pero lleve secretamente la cuenta al día), finja la más plena felicidad. Incluso a sus amigos dígales que es feliz; cuénteles todo lo que hace e intenta; hágales saber, sonriendo, sin el más leve asomo de queja, todo lo que ella no entiende, o no puede, o no sabe. Si es floja, aliente su pereza. Si es grosera, justifíquela hablando de su sinceridad. Si es frígida, cuente ocultamente sus desventuras con rostro de mártir satisfecho y exagere cuánto le da en otros terrenos, aunque no los haya. Sea siempre tolerante; siempre pacífico; siempre dulce y benévolo y tierno, sobre todo cuando haya alguien presente que pudiera, con el tiempo, llegar a transformarse en testigo de cargo en su contra. Y, sobre todo, no olvide nunca su propósito: se trata de odiar, de desear su muerte segundo a segundo, la hora completa que hay en cada minuto.

Véala cuando se desviste e imagínela con lepra, con elefantiasis, con cáncer de la piel y, si se vuelve hacia usted, sonríale con dulzura y acaríciele la espalda. Véala cuando ríe y sonríale con la tranquilidad de quien sabe en verdad qué la espera a la vuelta de la esquina. Si lo consigue está en buen camino, porque el primer paso para llegar a cometer un asesinato perfecto es odiar con toda la ternura del mundo.

Es importante que, al mismo tiempo, haga usted dos cosas más: una, que se acostumbre a saber, a pensar, a sentir en cada momento que es ella la culpable de toda desventura. Ella es la causa del castigo injusto que recibió en primaria; del día que le quitaron el postre; del rayón que le hicieron al coche nuevo en el estacionamiento; del amigo que se fue a Europa para siempre sin pagarle lo que le debía; de la amante que lo engañó. Apréndaselo: es ella, ella es la culpable, ella es y ha sido siempre la causa. Ella, con sus pechos de va-

El hombre es una cuerda tendida del animal al superhombre, una cuerda sobre un abismo. *Niesztche.*

ca y su vientre torpe de mujer embarazada. Es ella la culpable.

Otra, igual de importante, es que lleve usted un minucioso registro de todas sus debilidades. Recuérdelo: ella es el enemigo, y mientras mejor lo conozca, mientras más fácil le sea prever sus respuestas, mientras mejor conozca sus recursos, más cerca estará usted de la victoria. Apunte qué hizo en aquella crisis y qué no le fue posible hacer. Conozca su reacción ante la falta de dinero, ante el elogio sabiamente calculado, ante el dolor, ante las promesas, ante la fatiga. Conózcala a fondo. Recórrala con los ojos cerrados. Adivínela, con sordo y sonriente rencor, desde antes de que abra la boca.

Muy por otra parte es también de gran relevancia que se cuide usted las espaldas. Cuídese y adquiera una posición respetable. Hágase sacerdote, o general. Hágase presidente, o psicoanalista, o cualquier otra cosa en la que no esté jamás expuesto a error, usted no puede equivocarse, las horas que usted quiera señor presidente, si el paciente se cura es porque es usted un gran médico y si no, es porque no tenía con qué, dejad que los niños vengan a mí y sea, en todo momento, constantemente, la verdad y la vida. Usted es aquel que no se equivoca jamás; que es invariable y generoso; sólido y constante; seguro e impenetrable; firme y bondadoso. Es quien cumple la ley aunque sabe, con algo más que un dejo de gentileza, casi con amabilidad, que no sería posible exigir lo mismo para todos los hombres. Y esté presto siempre a oir la confidencia; a ofrecer con humildad la certeza del consejo; a descubrirles a los demás lo mejor de sí mismos, o sea a decirles que usted se ha dado cuenta, que sabe, que está seguro, que son tan óptimos y excelentes como ellos se atreven a suponerlo sólo en sus sueños más descocadamente narcisos. Incluso, si es necesario para que se lo crean, cóbreles por decírselos. Sí: sea psicoanalista o general.

Cuando haya logrado todo esto, cuando todo mundo crea que es usted un gran tipo, su matrimonio es excepcional y sus hijos tienen, en usted, al mejor de los padres en el mejor de los mundos posibles, entonces, y sólo entonces, estará usted preparado para la suerte suprema del tercio final. Pero recuerde: tiene que ser perfecto, no se apresure, no deje de sonreir, no permita que su cólera venza un día a su paciencia y se ponga usted, loco frenético, desconocido, a golpear a su mujer hasta la inconsciencia, las actas de delegación, las mordidas por su prestigio y las excusas de que había bebido demasiadas copas. No. De ninguna manera. Amárrese el cinto. Tenga valor, ya falta sólo un instante para que todo pueda empezar.

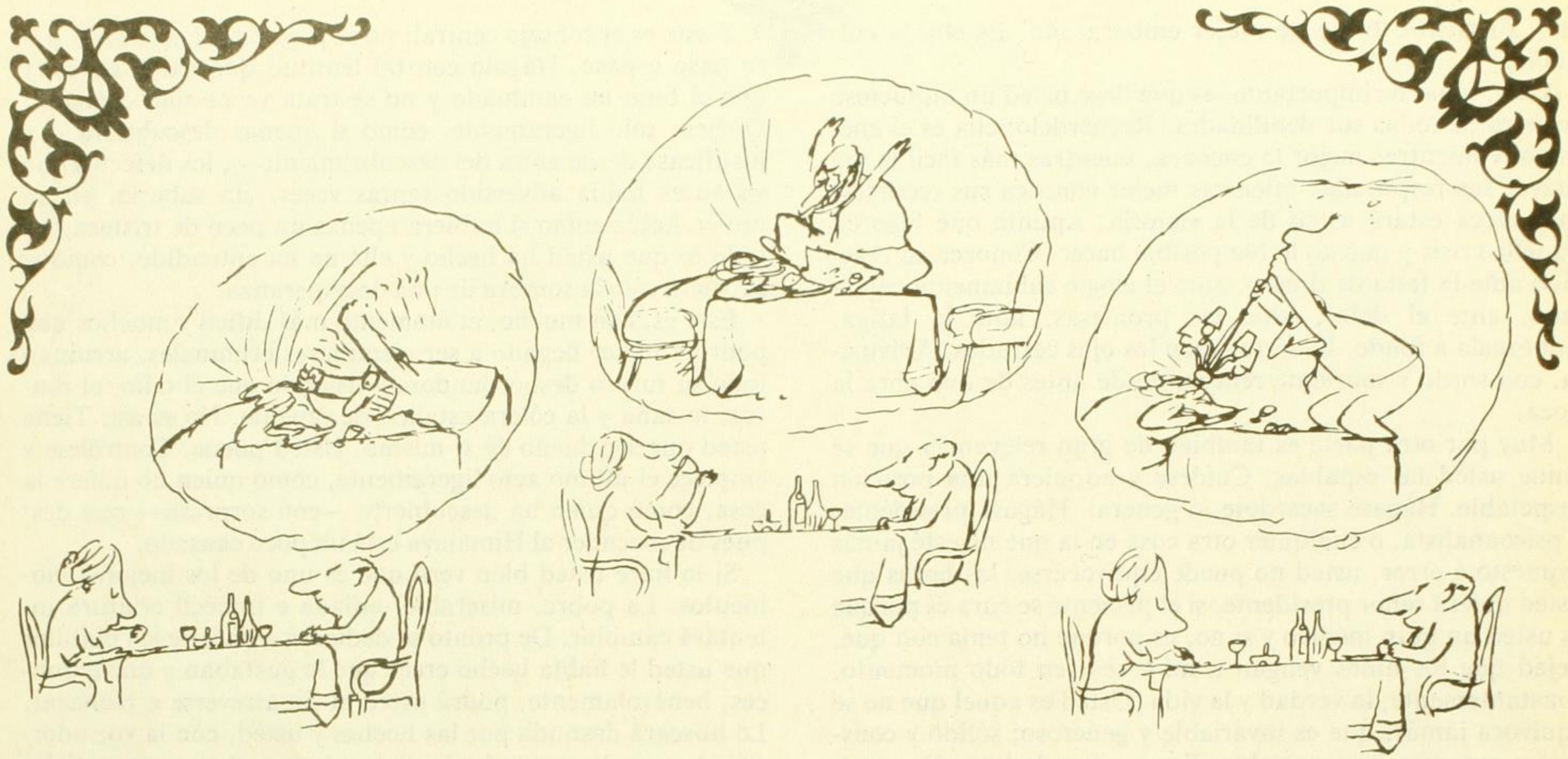
Y este es el consejo central: no se precipite. Hágalo, sí, pero paso a paso. Hágalo con tal lentitud que nadie advierta que el tono ha cambiado y no se trata ya de una comedia. Quéjese sólo ligeramente, como si apenas descubriera —y justificase desde antes del descubrimiento—, los defectos que ya antes había advertido tantas veces, sin saberlo, en su mujer. Actúe como si hubiera apenas un poco de tristeza por todo lo que usted ha hecho y ella no ha entendido; como si existiera sólo la sombra de una desesperanza.

Este es, con mucho, el momento más difícil y muchos que podrían haber llegado a ser ejemplares criminales, arruinan todo su futuro desbordándose y dejando que el odio, el rencor, la saña y la cólera estallen de repente. No es así. Tiene usted que ser dueño de sí mismo. Usted puede. Contrólese y empiece el último acto ligeramente, como quien no quiere la cosa, como quien ha descubierto —con sorpresa— que después de ascender al Himalaya está un poco cansado.

Si lo hace usted bien verá que es uno de los mejores momentos. La pobre, miserable, odiada e imbécil criatura intentará cambiar. De pronto se dedicará a hacerle los platillos que usted le había hecho creer que le gustaban y que entonces, benévolamente, podrá usted al fin atreverse a rechazar. Lo buscará desnuda por las noches y usted, con la voz adormilada por el cansancio, le dirá cuánto trabaja para satisfacerle sus caprichos. La encontrará mimosa, arreglada y sonriente a la hora de comer, y usted podrá darse el lujo de mostrar una fatigada sorpresa y decir que ya no está acostumbrado a ninguna pegajosa dulzura. Disfrútelo, pero no se sobrepase, no sobreactúe porque este es el momento más importante de toda la acción. Las hostilidades han empezado, pero la ventaja está de su parte porque sólo usted lo sabe y ella, la pobre, se va a transformar en una mosca loca por el calor y las ventanas del verano. Estúdiela. Vea con serenidad científica cómo reacciona. Hágale creer que sí durante algunos días, pero luego, como si se tratara de una mutua derrota, desaliéntela por completo. Convénzala, lentamente, poco a poco, de que las cosas empeoran porque ella no sabe hacia donde, no sabe cómo, lo hace mal, no puede. Hágale saber que con gran tristeza, en el fondo, usted sabe que lo que pasa es que ella no quiere.

El siguiente paso exige también de cuidado. Sepárese unos días. Busque un hotel no demasiado elegante, pero venga todos los días para llevar a los niños a la escuela. Muéstrese deprimido y razonable. Usted la ama, querría poder vivir con ella. Todo mundo sabe que usted lo intentó y la quiso durante tantos años y ahora ¡ay, si sólo pusiera ella un poquito de su parte! ¡una nada! En esto tenga usted la precaución de no

Nunca desagrada a la mujer que se le haga el amor. *Cervantes.*



precisar nunca de qué se trata: es, bueno, vivir en paz, estar a gusto, no sé, simplemente que el esfuerzo y el trabajo tengan algún sentido, algo ¿no crees? Y si alguien, alguna vez, llegara a señalarle alguna de las virtudes que usted le atribuyó, recuerde para refutarlo, con el tono del secreto y la confidencia, lo que sucedió el siete de agosto de hace tres años, aquel día después del fin de semana que pasaron en Acapulco y en el que usted intentó a toda costa que ella estuviera contenta, y los niños, porque a fin de cuentas uno para eso trabaja.

Es importante que todo mundo sepa que usted no quiere nada de lo que está pasando. Se casó usted para siempre, como sus padres. Usted fue quien la buscó, quien la esperó, quien se contentó con el matrimonio por poder, a lo lejos, porque era amor, amor para siempre, amor que ha usted dado con inigualable constancia y fidelidad. Pero ¿qué se le va a hacer?

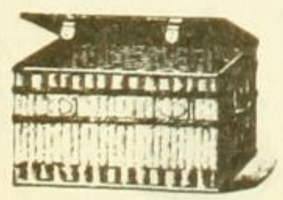
Procure también aquí no exagerar. Regrese a su casa después de unos días. Hágalo radiante. Organice una fiesta. Todo está bien. La vida y el mundo empiezan otra vez de nuevo. Aquí no ha sucedido nada. Sonríale toda la noche. No se separe de su lado. Tómela de la mano de un nuevo noviazgo. Abrácela.

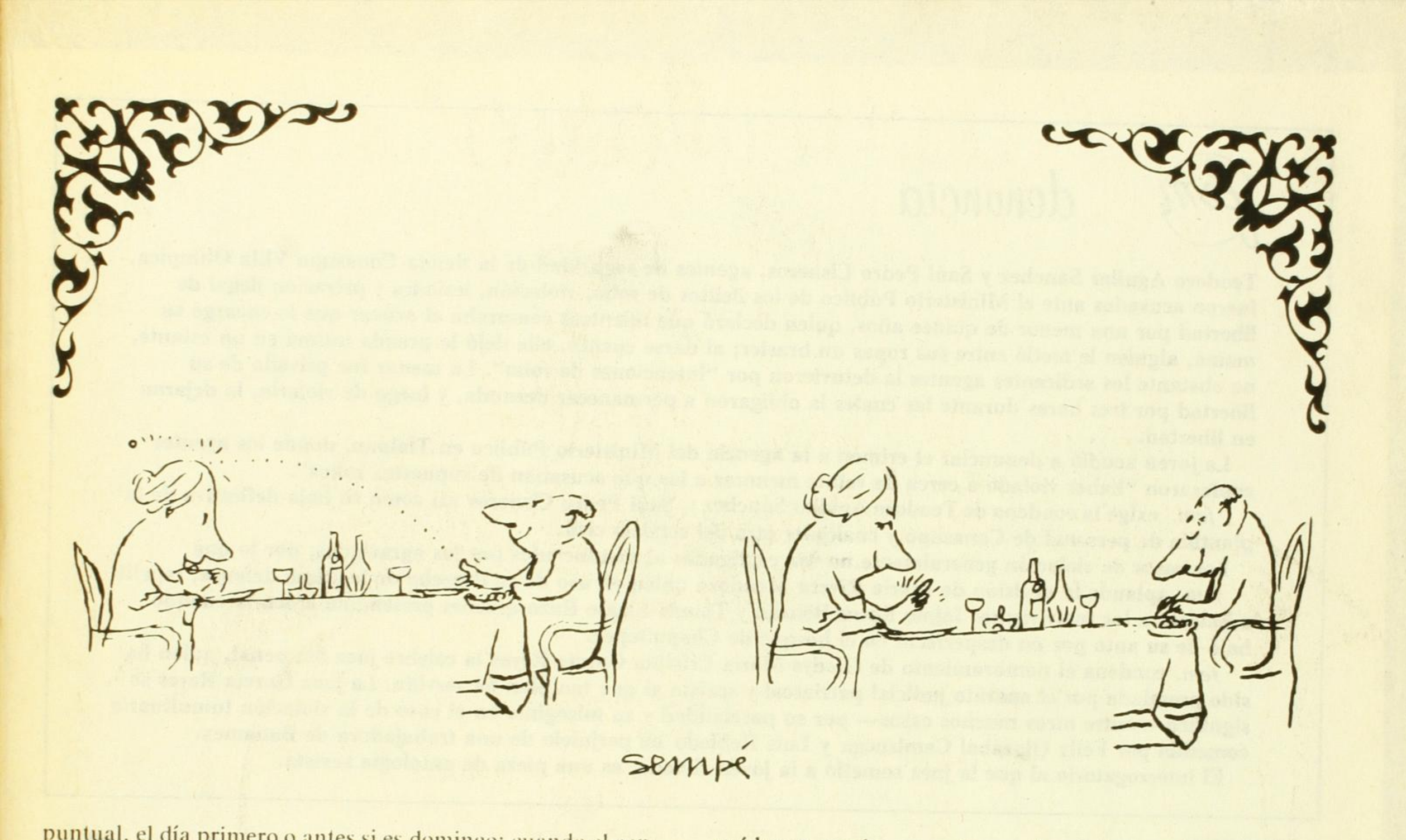
Dos o tres semanas después puede usted volver a retirarse. No era eso, no había entendido. Y así una y otra vez, hasta que todo mundo admire el tesón con el que está usted tratando de salvar su matrimonio a toda costa, aun a pesar de ella. Y lentamente, después, empiece los trámites del divorcio. No se trata de un pleito, es mejor por los niños y es cosa entre gente civilizada: estarán algunos días con ella, otros con usted y seguirá, como todo este tiempo, proveyendo a la casa con largueza porque tanto la madre de sus hijos como ellos han de vivir bien. Y así, poco a poco, hasta que no haya remedio, fue inevitable y nadie en el mundo lo lamenta más que usted.

Al fin está todo planteado. Al fin es usted plenamente dueño de la situación. No la arruine en ese momento casándose con alguna rubita con la que haya tenido relaciones. Sea sensato. Busque alguna casa lejana. Dedíquese a amueblarla con gusto. Luzca su triste soltería con orgullo. Y si algunas faldas revolotean por ahí, ocúltelas con mayor sigilo todavía que cuando estaba casado. Deje que todo mundo sepa que está usted dedicado a la tristísima tarea de reparar los fragmentos de su vida.

Es después, cuando todo haya vuelto a estar tranquilo; cuando el ir y venir de los niños de una casa a otra se haya vuelto rutina; cuando nadie dude que el cheque estará ahí,

La inteligencia en la mayoría de las mujeres les sirve más para fortalecer sus locuras que su razón. *La Rochefocauld.*





puntual, el día primero o antes si es domingo; cuando el convenio en el que usted cedió tantas cosas tan generosamente se haya transformado en sentencia por la firma del juez. Cuando todo esté en paz y sus amigos lo hayan oído decir, con tranquila aceptación, que su mujer era una buena esposa y sólo lástima que no nos entendimos, entonces, y sólo entonces, cuando nadie lo espere, dé usted el golpe.

No puede ser un golpe cualquiera. Piénselo bien. Délo en el momento oportuno y con todas sus fuerzas. Délo en todos los frentes. De pronto el dinero no llega. De pronto los niños no regresan, el teléfono no contesta y ha salido, invisible, el primer tiro. Muy a menudo con ese basta, si es usted sensato y firme.

Manténgalo. El silencio es lo mejor. No hay explicación ninguna. No hay nada qué decir a lo largo de días, semanas, meses. Nada. Eso es todo, nada. Claro que si hay alguien, algún amigo común, alguna criada, que le diga lo que sucede, habrán muchas cosas que usted podrá dedicarse a disfrutar cómodamente. Mírela. Mírela cómo va y viene sin saber qué hacer, madre que grita que le robaron sus hijos. Véala ir a los juzgados, hablar desesperadamente con abogados, levantar quejas y demandas. Véala ir todos los días a esperar a sus hijos a un colegio en el que ya no están. Oigala hablar por teléfono, ansiosa, torpemente, llorosa, pidiendo por favor. Entérese de cómo la corrieron de la casa después de los tres meses de no pagar la renta. Disfrute del fallido intento de robarse a los niños, de verlos en el jardín, de hacerles llegar notas envueltas en piedras arrojadas al jardín. Diviértase escuchando cómo el amigo dejó de verla porque no sirve para nada, de loca que está. Goce de saber que ahora es secretaria y gana [illegible] pesos al mes y tiene que tomar el tren. Es una telenovela que le llegará por palabras apenas dichas, por secretos, por ruegos de quienes creen que usted es todo lo que decía. Y luego, habrá un día en el que al fin alguien le dirá que fueron barbitúricos, pero que se salvó, está muy delicada. Y meses después otra vez. Hasta el día, al fin, en el que podrá usted pasearse tranquilo con su rubita bajo el brazo, preparando otra vez la diversión, y gritarle a esos niños asustados que no tienen ya más pariente ni más padres que usted.

Los hombres llegan a ser viejos, pero nunca llegan a ser buenos. *Wilde.*